

# IMPRESIONES ARQUEOLOGICAS DE MIS ULTIMOS VIAJES A AMERICA

**N**O hay para un español visita más saturada de emociones históricas que la de América. Sólo tras ella puede comprenderse con una vivencia directa lo que España ha representado en la Historia. Si este español es, además, dado a los estudios sobre el hombre primitivo, el interés se duplica, pues el continente americano ofrece un campo único a los estudios etnológicos y encierra un cúmulo de vestigios arqueológicos que le permite resistir una comparación con el Viejo Mundo.

Por estas razones he considerado siempre como el mayor privilegio de mi vida científica el haber podido realizar cuatro viajes a América, recorriendo buena parte de sus tierras y visitando algunos de sus más importantes yacimientos y monumentos.

Los dos últimos viajes han sido relativamente recientes y a ellos habré de referirme en este artículo. El primero de ellos tuvo como motivo la asistencia al V Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas, en Filadelfia, en septiembre de 1956 y me permitió volver a Méjico, para visitar el Yucatán, y luego pasar por el Perú, Ecuador, Colombia y Venezuela. El segundo, me llevó de enero a abril de 1958, por todo el territorio de los Estados Unidos, y luego por Puerto Rico, Cuba y Méjico, dando en total 30 conferencias sobre prehistoria y arte antiguo español en estos países.

Si queremos resumir nuestra impresión, ésta será doble. Por un lado, reconocimiento de la altura envidiable a que han llegado los antropólogos americanos, lo que nos infunde el temor de que quedemos en situación de retraso. Por otro, el convencimiento cada vez mayor de que los americanistas y arqueólogos españoles hemos de hacer un esfuerzo para seguir ese movimiento y hacer honor a nuestros cronistas y autores, saliendo del marasmo actual en que no contamos con un solo equipo que trabaje en suelo

americano. Si algo se hace, se debe a esfuerzos individuales y aislados. No podemos seguir así. Nuestra responsabilidad es inmensa y no es menor la de los dirigentes de nuestra cultura.

Es evidente que sólo con una formación arqueológica y etnológica sólida podemos formar discípulos que puedan seguir la senda del americanismo. Hoy es ya posible obtener aquélla en nuestras universidades, y del nuevo ambiente que en éstas reina es una muestra la publicación que iniciamos. No es temeridad suponer que ella habrá de contribuir de manera decisiva a la formación de un grupo de escolares interesados en nuestra obra.

Recorrer de uno a otro océano el vasto territorio de los Estados Unidos, significa para un arqueólogo pulsar la más activa zona de la Tierra. Y esto, a la vez, por el número de investigadores y entidades, por el de Museos y revistas, tanto como por la magnitud de los recursos y de los ambiciosos proyectos.

No podemos en estas breves notas de viaje recoger ni una mínima parte de esta actividad. Señalaremos algunos detalles característicos.

Digamos, para que no haya lugar a las dudas que algunos a priori tendrían, que un arqueólogo español es acogido en Estados Unidos con evidentes prejuicios, pero prejuicios favorables y enorme simpatía. Estuvimos estos años pasados, en nuestras visitas, en contacto con gentes muy diversas. En Harvard, en su Peabody Museum, con su magnífico director J. O. Brew, uno de los más dinámicos y cordiales arqueólogos norteamericanos, y con especialistas de muy diversos campos: Movius, Hencken, Howe, Ward, Gimbutas, Kluckhorn, Howells, etc., etc. En Nueva York, De Terra, Eckholm, D. Strong, Solecki. En Washington, los elementos de la Smithsonian Institution y los del Instituto Panamericano de Historia. En Filadelfia, Rainey, Federica de Laguna, Coon, Sattelhwaite; en Chicago, Braidwood, Sol Tax, Howell; María Wormington en Denver, Sellards en Austin, Griffin en Ann Arbor, y muchos otros investigadores en Miami, Austin, Los Angeles, San Francisco, Lawrence, Yale, etc.

Decir que los métodos usados por los arqueólogos americanos son los más avanzados, no sería decir nada nuevo. Todo el secreto de ello está en la colaboración de los científicos, geólogos, químicos, edafólogos, geógrafos, de que las instituciones disponen, mientras en nuestros viejos países no siempre es fácil contar con su cooperación.

Una de las características más acusadas de la investigación en Norteamérica, es el trabajo de equipo y la constante confrontación de los resultados obtenidos, bien en las páginas de las revistas, bien en algunos de los numerosos *Symposia* que con frecuencia se organizan. Muchas veces vemos aparecer en las revistas al mismo tiempo la crítica de una obra y la contraréplica del autor, con lo que ya se supone que las críticas son más sinceras y constructivas que las puramente anodinas y laudatorias que se estilan en otras latitudes. Claro que, como contrapartida, los arqueólogos se encuentran con frecuencia, discuten abiertamente y si es preciso acuden a una ex-

## IMPRESIONES ARQUEOLOGICAS DE MIS ULTIMOS VIAJES

cavación u observación conjunta. A este contacto ayudan grandes asociaciones, como la Sociedad Antropológica, y fiestas como la de la concesión de las tres medallas —a un arqueólogo, a un etnólogo y a un antropólogo— que cada año celebra en Nueva York la fundación Wenner Gren. Tras muchos años de desearlo, pude por fin asistir a la de 1958. Resultaba altamente simpático, ver reunida en aquella sala y en aquella ocasión la flor y nata de la antropología americana.

Este contacto y este espíritu de colaboración que naturalmente no se oponen a las mayores discrepancias personales y científicas, se debe, tanto a la relativa abundancia de recursos, como a la estupenda floración de iniciativas que, volcándose más allá de las fronteras, acuden a resolver los problemas de la historia de todo el continente americano y que pueden extenderse hacia los campos de trabajo del Viejo Mundo, sin excluir a nuestra España. Pero este tema de las Fundaciones americanas en su labor fuera de su país, es adecuado para que hablemos de él otro día con mayor detalle.

Hemos hecho referencia a los Museos. Los hay en número incalculable y bien instalados, siempre con el criterio de servir al gran público tanto como a la investigación. En ambos aspectos es difícil imaginar algo parecido en Europa. No sólo respecto de los grandes museos como el de Historia Natural de Nueva York, el Peabody de Harvard, el de la Universidad de Filadelfia, los de Historia Natural de Denver o de Chicago. Acaso la perfección de la museística americana se aprecia mejor en los pequeños museos, casi monográficos, como el del Parque Nacional de Mesa Verde.

En cualquiera de esos grandes museos se entra pronto en contacto con los especialistas de los más diversos campos: el que acaba de llegar de una excavación en la Libia o en el Irak, el que regresa de la costa del Perú o de Guatemala, el que está planeando una nueva expedición a la costa Norte de Alaska o el que está interesado en la edad del bronce español. Este afán está servido naturalmente por riquísimas bibliotecas. Nos asombra ver el fichero de la biblioteca de algún centro de segundo orden y encontrarnos con muchos más libros y folletos nuestros que en muchas bibliotecas con fama de bien surtidas en España y todo ello presidido por una ficha que demuestra que desde una oficina central se han enviado hasta las más modestas bibliotecas nuestros datos personales.

Notable me pareció también la tarea inmensa realizada por el Servicio de Salvamento, creado con el fin de preservar los vestigios que corrían peligro de desaparecer por la construcción de embalses, lo que luego se ha extendido a otras obras públicas, carreteras y tuberías. Más de 9.000 yacimientos se han señalado en los últimos doce años, de los que muchos se han excavado metódicamente. Viniendo de países que no han sabido organizar este salvamento, ello produce también cierta envidia.

No deja de tener cierto mérito la investigación arqueológica en Norteamérica, por el hecho de que la mayoría de los yacimientos no tienen la espectacularidad de los de otros países, además de ser, por lo general, relativamente modernos. Entre los que visité, tan sólo me han impresionado los restos de los *pueblos* y las habitaciones en acantilados o *cliff-dwellings*. Los famosos concheros de la Florida, inmensos amontonamientos de millo-

## LUIS PERICOT

nes de conchas, impresionan como vestigio humano, pero para la excavación deben ser de una monotonía y pesadez extraordinarias. Sin embargo, dada la perfección con que se realiza la labor y el peculiar encanto que toda excavación posee, no hay duda que en este aspecto no existen grandes diferencias entre América y Europa.

\* \* \*

Siempre nos ha causado envidia la organización mexicana, en que una sola dirección controla excavaciones, conservación y exhibición de los resultados arqueológicos y en que incluso hay un estrecho contacto entre tal dirección y la enseñanza de la Arqueología.

Cuando se piensa en el esfuerzo perdido en nuestro país por la multiplicidad de organizaciones y funciones con los inevitables personalismos encastillados en ellos, que han servido para esterilizar generosos afanes... ¿cómo no envidiar a México que por haber podido crear, partiendo prácticamente de la nada, ha podido trazar una organización más simple y eficaz?

Que el sistema marcha bien, lo prueba el desarrollo de la Arqueología, de la Antropología en general, en México, donde la Universidad, por su autonomía, tiene también flexibilidad para adaptarse a las necesidades de cada momento. México es hoy el país de Hispanoamérica que marcha en primer lugar en la actividad «antropológica».

Cierto que para ello cuenta con la más importante riqueza arqueológica del mundo. En ningún otro país, ni siquiera en Egipto, que por lo demás ofrece una extensión mucho menor, se obtiene una impresión semejante de hallarse rodeado de ruinas que esperan al arqueólogo.

En nuestros últimos viajes hemos observado la creciente atención por los temas estrictamente prehistóricos. La exploración de cuevas en las regiones septentrionales (cuevas de Coahuila o las de Taumalipas) señala una vía fecunda para enlazar los descubrimientos de Iztapan y Tepexpan, con las del Sur de los Estados Unidos.

En 1958, las actividades universitarias con enseñanzas debidas a D. Pablo Martínez del Río, D. Pedro Bosch, D. Juan Comas, el antropólogo señor Genovés, entre otros, nos impresionó también muy favorablemente. En la Facultad de Letras pude conocer asimismo a Swadesh, el audaz lingüista que con su glotocronología parece revolucionar una ciencia que parecía muy conservadora. Nos participó que está aplicando su método, con un equipo de discípulos, al laberinto de las lenguas mexicanas y que ha obtenido ya resultados muy prometedores. Resultaría magnífico que pudiéramos reducir el círculo de idiomas conocidos en ese país, a unos pocos grupos que correspondieran a claras oleadas de población.

Hemos visto el Museo de México ya en distintas ocasiones y así podemos apreciar su progreso.

## IMPRESIONES ARQUEOLOGICAS DE MIS ULTIMOS VIAJES

Cierto es que el Museo Arqueológico de México no es aún, ni con mucho, lo que México y sus inmensas riquezas exigen. Creemos que hay un proyecto para construir un nuevo edificio y viendo lo que este país ha sido capaz de hacer en orden a edificios culturales (piénsese en su Ciudad Universitaria o en sus escuelas de Medicina), no hay duda de que su futuro Museo de Arqueología, donde los préstamos artísticos a estilos indígenas estarán en su lugar, será algo grandioso desde todos los puntos de vista.

Pero en nuestra última visita, en 1958, hemos podido comprobar grandes mejoras en las instalaciones, completando y ampliando lo que en 1956 habíamos ya observado. Ahora, se ha superado cuanto hemos visto en instalaciones museísticas. La sala de Oaxaca, que se había inaugurado en febrero de 1958, no dudamos en afirmar que es la más moderna, eficiente y viva que conocemos en Museo alguno del mundo.

El que hoy el Museo Nacional de Arqueología esté bajo la dirección de Luis Aveleyra, que durante un año trabajó a nuestro lado en España, es una de las mayores satisfacciones que podemos gozar en el país hermano. Para que allí acabemos de sentirnos como en casa, la encargada del almacén, señorita Adela Ramón, había trabajado en el Museo Arqueológico de Barcelona, y otro español, José Lorenzo, es uno de los investigadores de más brillante futuro.

Hace un año se inauguró también el Museo de Tepexpan. Un pequeño museo sobre el lugar del antiguo lago de Texcoco, en el que han aparecido también tantos restos sensacionales en los últimos tiempos. Una instalación modélica, que nosotros podríamos imitar en pequeños museos establecidos en la proximidad de algún yacimiento. En realidad, estamos tratando de imitarlo en el Museo en curso de instalación en las ruinas ibéricas de Ullastret. El cuadro con la reconstrucción del paisaje en la época prehistórica, junto al ventanal que encuadra el mismo paisaje real en la actualidad, es un hallazgo.

El mundo maya merece no unos días, sino años de dedicación. Sólo el recorrer rápidamente los principales lugares, exigiría varios meses. Cuando la Dirección del Instituto Nacional de Historia y Antropología de México (a cuyos miembros expreso aquí mi imperecedera gratitud, en especial a los señores Dávalos, actual director, y Cortina) quiso obsequiarnos con algo que colmaba nuestros sueños, el visitar Yucatán, no pudo hacer otra cosa, dados los pocos días de que yo disponía, que fijar un itinerario fácil y rutinario: Palenque, Uxmal, Chichen Itzá. Esto no es más que una ínfima parte del mundo maya. Conjuntos tan esenciales como Copán, Quiriguá, Uaxactun, Tikal, Piedras Negras, Labná y mil más siguen siendo para mí lugares ignotos. En mis visitas anteriores no había llegado más allá de Monte-Albán y Mitla. Y no es fácil todavía llegar al Yucatán, faltando la comunicación directa por carretera o por vía férrea. Para llegar a Palenque tuve que volar hasta Vista Hermosa, tomar aquí un auto que me llevase a la estación de Teara, por donde pasa el ferrocarril de vía estrecha que llega hasta Campeche y que a través de las encharcadas tierras y selvas de Chiapas nos dejó en la estación de Palenque. Desde esta última hasta las ruinas no hubiera sido fácil llegar sin el auxilio de la camioneta de los arqueólogos. Al

## LUIS PERICOT

campamento llegamos tras mil peripecias en la grata compañía de Ponciano Salazar y tras aguantar durante horas imponentes chaparrones tropicales, de los que no tenemos idea en nuestras moderadas latitudes.

Bajo la experta guía del profesor Berlín, visitamos detenidamente, durante un par de días, los monumentos de Palenque, que hay que estar defendiendo continuamente de la invasión de la selva. Resumiremos nuestras emociones con la referencia al Templo de las Inscripciones y a la profunda galería donde pocos años ha se descubrió la sorprendente tumba de un jefe o alto sacerdote. La sensación que obteníamos al hallarnos en el corazón de esta pirámide, repetía con obsesionante paralelismo la que varias veces habíamos experimentado en las galerías interiores de la pirámide de Cheops.

Tras pasar por Campeche, llena de recuerdos españoles, llegamos a Uxmal, a partir de la cual fue nuestro guía el afortunado excavador de esas ciudades y descubridor de la enigmática tumba de Palenque, Alberto Ruz. No nos atrevimos a subir a la pirámide del Adivino, en la que pocas semanas antes perdiera la vida un profesor norteamericano, pero nos compensó de este fracaso como arqueólogo, la contemplación del Palacio del Gobernador, que pasa por ser el más bello edificio de la América indígena. No lejos, el arco de Kabaa, restaurado, muestra lo que llegó a hacer la técnica maya. De allí, a Chichen-Itzá, pasando por Mérida, una más en la lista de ciudades que hacen soñar a un español y donde los hermanos Laviada, que se formaron en las escuelas médicas de Madrid y Barcelona, me demostraron cuán hondo cala la estancia en España en el alma de los jóvenes de Hispanoamérica.

En Chichen-Itzá tuve una de las más intensas emociones que he experimentado en mis andanzas. La noche pasada, solo, en el campamento de los arqueólogos, al pie de la inmensa mole del Castillo, atemorizado por los lucíferos cucuyos, por los ruidos para mí desconocidos que parecían surgir de la selva y del cercano y misterioso cenote, imaginando los fantasmas de quienes durante siglos aquí rezaron, gozaron y sufrieron. Gracias a esa intensa emoción, al día siguiente todo me parecía familiar y me sentía identificado con el exótico ambiente. El vasto juego de pelota retuvo mucho tiempo mi atención y sentí alejarme sin haber podido concluir un proyecto de reglamento para un juego que conservase algo del ritual antiguo y que pudiera ser al mismo tiempo grato a los deportistas actuales.

Un problema que me preocupó intensamente tras visitar las ruinas mayas, fue el de la reconstrucción de los monumentos. Esta se ha realizado con ritmo intenso y, a veces, como ocurre con la torre del Castillo de Palenque, para citar un solo ejemplo, el ánimo del arqueólogo europeo, habituado a admitir las menos reconstrucciones posibles, queda turbado y lleno de dudas. Acaso allí sea necesario para la conservación de los monumentos, pero tememos se haya cometido alguna exageración.

\* \* \*

Salir después del almuerzo tomado en México y dormir en Lima, aunque sea a la madrugada, es una experiencia que dice hasta qué punto se han

## IMPRESIONES ARQUEOLÓGICAS DE MIS ÚLTIMOS VIAJES

cambiado las dimensiones humanas de este continente. Una tarde nos basta, siguiendo la costa del Pacífico, para trasladarnos desde las tierras de Cortés a las de Pizarro. Así, el contraste entre los dos países se hace violento, diríamos excesivo. Para un arqueólogo, en la comparación, gana indudablemente México.

El contacto con las instituciones culturales limeñas no es menos favorable que el obtenido en otros países. Acogida cordial, facilidades para ver las colecciones, compañeros para la visita a los yacimientos próximos. Los nombres de Valcárcel, de Muelle, de Vellard, que al frente de sus respectivas instituciones: Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de San Marcos, Museo Arqueológico, Instituto Riva Agüero, desarrollan tan notable labor americanista, destacan entre el cúmulo de nuevos y viejos amigos. Sentimos no encontrar en Lima a dos jóvenes alumnos de nuestra cátedra en Barcelona, los señores Chariarse y Gálvez. Pero no podemos olvidar al gran hispanista Raúl Porras Barrenechea, al que debemos un sinfín de atenciones, ni al entonces Ministro de Educación Nacional, Don Jorge Basadre. Este último nos dió la seguridad de que si el Gobierno español solicitaba una concesión de un yacimiento para excavar, no habría dificultad en la concesión. Esta oferta nos causó la mayor alegría y volvimos a España con la ilusión de que ya estábamos cerca de uno de los ideales largos años acariciado.

Y sin duda una misión arqueológica española se encontraría aquí perfectamente. No hay en el Perú la densidad de equipos en plena labor que se observa en México y América Central, debido a la proximidad de los Estados Unidos, pero el Perú siente por España honda simpatía y no ha renegado de nada de lo que allí creamos; los problemas arqueológicos de la zona andina son de interés excepcional y constituyen un buen campo de experimentación y aprendizaje.

Aquí hay dos elementos que predominan y acaparan la atención en las colecciones: la cerámica, con sus variados estilos en que compiten la belleza de formas con la decoración figurada, y el tejido. Este último aparece en las innumerables tumbas costeras arrojando las momias, siempre repulsivas para nuestro gusto, y permitiendo colecciones inacabables de belleza sin par. La sala de Paracas, en el Museo Arqueológico, es algo único en la Arqueología mundial.

No falta la belleza del oro, que se muestra rutilante en colecciones como la de Múgica, que no creemos tenga rival en el mundo como colección particular.

En una corta estancia apenas hay lugar más que para las excursiones próximas: la ciudad de Cajamarquilla, inmenso laberinto de paredes de adobe de difícil conservación; Pachacamac, imponente en todos sentidos, que permite darse cuenta de lo desnudo y hostil de la faja costera peruana. Al otro lado, Ancón, con sus colinas formadas por millones de conchas que se han acumulado y que nos hacen meditar una vez más sobre el carácter de estos concheros que hemos podido visitar ya en las costas atlánticas de Florida y del Uruguay, sin que podamos apartar el recuerdo de las que existen en la costa atlántica portuguesa.

## LUIS PERICOT

Pero una visita al Perú no puede reducirse a la encantadora capital, encantadora a pesar de su raro cielo. Y aún sin tiempo para alcanzar lo más característico del altiplano y contemplar ese lago de fantasía que es el Titicaca y ese Tiahuanaco, que estamos dispuestos a reconocer como germen de grandes civilizaciones, se impone a la visita el Cuzco.

Renuncio a la descripción de angustia física que al no habituado le causa la llegada a la ciudad de los incas. Tan sólo he de recordarlo aquí por la obsesionante idea que deja en nuestra mente la comparación entre nuestra capacidad y la de los guerreros de Pizarro que aquí llegaron y aquí hubieron de luchar frente a enemigos muy superiores en número.

Tal vez se espere más de Cuzco, de lo que esta ciudad puede dar. La idea de que se trata de la capital de un formidable imperio, hace que, sin darnos cuenta, se nos antoje que su apariencia debiera ser más rica o suntuosa. No hay que olvidar que se trata de una cultura que vive más allá de los 3.500 metros de altura, en una comarca inhóspita rodeada de altas cumbres que la defienden como muros gigantescos, pero que al mismo tiempo la aíslan donde tan sólo el fondo de los valles es fértil y agradable. Y, sin embargo, hay algo que aquí nos gana y nos abrumba, el que esas gentes fueran capaces de crear un tipo de aparejo tan perfecto, una labra tan maravillosa de la piedra. La obligada peregrinación por las viejas cuestas de las callejas cuzqueñas nos lleva de sorpresa en sorpresa hasta que nos paramos ante la piedra de los doce ángulos.

Salimos de la ciudad para llegar al baño del Inca, a la fortaleza de Pucapucara, y al lugar que desde hacía años ansiábamos conocer, la fortaleza de Sacsahuaman, a 3.800 metros de altura, dominando la ciudad como si fuera su ciudadela. Cuanto pudiéramos decir de Sacsahuaman sería vulgar repetición de cosas dichas ya mil veces. Es un muro hecho por gigantes, mientras sabemos que su autores no eran sino los abuelos de esos hombres y mujeres de rostro cetrino, de estatura sólo mediana que hoy vemos todavía por esas alturas tomando el sol, o yendo y viniendo apresurados al vecino mercado, en frecuente compañía con la inseparable llama.

Y tampoco hay turista que deje de visitar el mercado dominiguero de Pisac, en el fondo de un valle, para llegar al cual hay que subir y bajar repetidas montañas en donde se nos ofrece en todo su color una estampa que parece inmóvil imagen de siglos pretéritos, en esos puestos donde la labor de artesanía primitiva todavía se exhibe y se vende junto a las paradas de hoja de coca que creíamos prohibidas.

Ya no queda sino la última de las obligadas excursiones, que hasta hace unos pocos años constituía una arriesgada aventura y que hoy no es más que un paseo organizado por una agencia: el viaje a Machu Picchu. Un pequeño y cómodo vagón automotor sale del valle de Cuzco subiendo en zigzag la vía para escapar del hoyo en que aquél se encuentra y así se asciende hasta cerca de 4.000 metros para bajar después en largo serpenteo por valles de cierta fertilidad hasta encontrar el curso torrencial del Urubamba, el que acabará siendo afluente del lejano Amazonas. Pasamos bajo el pres-

## IMPRESIONES ARQUEOLOGICAS DE MIS ULTIMOS VIAJES

tigioso Ollantaitambo, lo que nos da ocasión de contemplar sus muros, réplica de las técnicas cuzqueñas. Después, poco a poco, el valle desciende y va adquiriendo un aire de selva tropical. Hemos bajado casi 2.000 metros cuando se llega al fin de la ruta, tras varias horas de viaje, y nos encontramos en el fondo de un tajo imponente, sobre el que a lo lejos brillan las nevadas cimas andinas que casi a pico suben hasta los 5.000 y 6.000 metros de altura. Al otro lado del río, un empinado monte por el que sube un camino en zig-zag. Un cómodo autocar sube con alguna pena la cuesta para dejarnos en el sencillo hotel, junto a las ruinas de lo que fue esta retirada fortaleza, cuyo valor y exacta cronología no deja de ofrecer todavía algunos enigmas.

Machupicchu es una de las visiones más extraordinarias que la arqueología pueda darnos y que, acaso por el marco único, por la sensación de hallarnos en uno de los lugares más inasequibles del globo, produce una impresión indescriptible, superior al valor que puedan tener las ruinas por sí mismas. Contienen, sin embargo, detalles del mayor interés, muestran el mejor cuidado, y en este sentido pueden presentarse como modélicas. Las visitamos detenidamente y para que no nos parezca todo demasiado fácil, hemos de renunciar a subir al Huaynapichu, el poblado que nos contempla desde lo alto del elevado cerro que domina Machupicchu. En realidad, este nido de águilas inverosímil, que semeja inaccesible, hoy lo es en efecto. El camino, la escalera tallada en la roca que los incas dispusieron, está destruída y sólo unos alpinistas o escaladores podrían correr el riesgo de esta fantástica excursión.

No hay duda que viviendo en un lugar como éste, la medida de las cosas es distinta a la nuestra actual. Por esto, después de haber visitado Machupicchu, aún comprendemos menos cómo pudieron hundirse esas gentes, esas culturas, ese imperio, ante un puñado de españoles.

En Cuzco, al igual que nos había ocurrido en zona maya, nos apareció clara la decadencia de lo indígena. Una decadencia irremediable, a pesar del indigenismo activo y generoso de tantos antropólogos. Los estudiantes universitarios de Cuzco mantienen su grupo folklórico, que es lo único con que los turistas pueden apreciar el sabor de danzas y música incaicas. Pero en su modestia, en el esfuerzo que se adivina, se trasluce cuán decadentes están esas supervivencias de un glorioso pasado.

\* \* \*

Aparte las emociones que todo español experimenta en Quito por los vestigios del arte hispano que contiene, bastaría para querer llegar allí el encanto de un viaje por los aires por encima o al lado de los Andes, con la contemplación del Cotopaxi y el Chimborazo, en esa rápida visión que tan sólo la aviación ha hecho posible en estos últimos años.

Para mí ofreció el goce del reencuentro con Pedro Armillas, sin duda uno de los antropólogos que en el momento actual está mejor preparado para

## LUIS PERICOT

darnos la visión sintética del progreso cultural del hombre americano desde la primera fase de poblamiento. Gran interés tuvieron también la visita al Museo Jijón y Caamaño, recuerdo de aquella gigantesca figura de la investigación etnológica andina, a la colección Larrea y, por encima de todo, la visita a Guayaquil.

El contraste entre la ciudad de lo alto y esa tropical urbe de creciente ámbito y demografía, bajo el aire pesado que oprime las tierras bajas del Guayas, es radical. Aquí todo es dinámico y sin duda en el carácter de sus gentes ha de notarse esta diferencia. El contacto con el profesor Zeballos y su grupo universitario y con los elementos de la Sociedad de Arqueología, fue altamente simpático y provechoso. Además, la visita al señor Estrada, alcalde de Guayaquil, quien tiene en su casa un magnífico centro de trabajo donde pude ver grandes riquezas cerámicas, no deja de impresionar. Tuve la suerte de que en aquel momento se encontraban allí, trabajando en sus materiales, recogidos en brillantes campañas realizadas en los llanos amazónicos, los esposos Clifford Evans y Betty Meggers. Esta afortunada pareja está renovando con sus meritorios trabajos el conocimiento de la arqueología de un importante territorio sudamericano. Me encontré así con un núcleo de investigadores de orientación muy moderna e intensa labor, que apenas sospechaba.

En Guayaquil me fue mostrado un conjunto, inédito entonces, de orfebrería huancahuilca. Confieso que quedé sorprendido por la belleza de las piezas y de las técnicas preciosas y delicadas con que fueron labradas.

Volando desde El Ecuador, siguiendo la maravillosa geografía de la arista andina, llegué a Bogotá. La parada en Cali sirve para darnos cuenta de que hemos llegado a un punto en que los Andes se abren y en que empiezan a rodar hacia abajo buscando el nivel del Caribe las aguas de sus cursos fabulosos que son el Cauca y el Magdalena. En Bogotá se tiene todavía la impresión, real, de la altura. El contacto con los especialistas es aquí fácil. Un español es recibido en Colombia sin recelos y se encuentra en seguida entre amigos. En pocos países de América es posible encontrar como aquí un Centro como el Instituto Caro y Cuervo en el que se rinda un culto tan lleno de ciencia y erudición al idioma castellano.

El panorama etnológico-arqueológico está sin duda hoy muy animado. Aquí anduvo Rivet con ocasión de la última guerra y aquí fundó el Instituto de Etnología Colombiana. Tal vez no exista la compenetración debida entre el Instituto, Museo y Universidad, pero los nombres de Duque, Hernández de Alba, Giraldo Jaramillo y la pléyade de jóvenes arqueólogos que trabajan en el Museo, son garantía de que nuestros estudios han de tener allí un brillante futuro.

Después de haber pasado por la prueba de tener que escribir un capítulo sobre los pueblos indígenas de Colombia, es natural que uno llegue a Bogotá con la esperanza de encontrarse con trabajos y síntesis inéditas que nos aclaren lo que prolijas lecturas no nos habían podido explicar. Pronto se echa de ver, sin embargo, que la complicación tremenda de la etnología

## IMPRESIONES ARQUEOLOGICAS DE MIS ULTIMOS VIAJES

colombiana, este laberinto inextricable que las fuentes de la conquista nos han dejado respecto de las tribus, hoy inclasificables, que se amontonan en los valles de aquellos dos ríos, en los mil rincones de las altas mesetas o en los bordes litorales del Caribe y del Pacífico, está muy lejos de ser aclarado. Más bien obtenemos la impresión de que se acepta el hecho de que se trata de una madeja que no puede ordenarse y que hay que empezar de nuevo como si nada hubiéramos aprendido. Esto es, al fin y al cabo, lo que nos dijo que está haciendo el profesor Caudmont, filólogo francés formado en la magnífica escuela de la Sorbona, discípulo del Profesor Fouché, que nos cuenta cómo está estudiando desde su raíz la complicada lingüística de las tribus colombianas, recogiendo nuevos dialectos desconocidos en los residuos ignorados de viejas tribus, con la esperanza así de lograr poner en claro este mosaico en el que ahora es imposible decidir el exacto papel que jugaron las grandes familias Chibcha y Caribe, el lugar preciso que ocupan gentes tan famosas como los Quimbayas o los Taironas, en qué grupo hay que considerar incluídos a los Chocó del litoral Pacífico, qué elementos étnicos y culturales del obligado paso de las grandes migraciones hacia el Sur pueden observarse todavía en Colombia y mil cuestiones más que al etnólogo se le presentan.

No nos fué posible coincidir con una de las primeras figuras de la arqueología colombiana, Gerardo Reichel-Dolmatoff. En pocos años este nombre se ha puesto a la cabeza de la investigación y trabajando sobre todo en la zona costera del Caribe, su aportación al conocimiento de la cultura circuncaribe ha sido decisiva. Su autoridad es hoy indiscutida en todos los medios científicos americanos y de él se espera mucho.

No es posible un viaje a Bogotá sin visitar el Museo del Oro. Por mucho que se haya oído hablar del mismo y aún ahora que uno ha podido deleitarse con las láminas de estos dos espléndidos volúmenes redactados por nuestro colega Pérez de Barradas, la visión de esta inmensa sala del Banco Nacional, llena de vitrinas rebosantes de los más diversos objetos y figuras de oro, no tiene par en la arqueología mundial. Uno recuerda las salas del oro de la edad de bronce irlandés de Dublín, los almacenes del Museo de Belén en Lisboa, la sala de joyas del Museo Británico o del Louvre, o la deslumbrante sala de Tutankhamon en el Museo Nacional del Cairo. Todo queda pálido, insignificante, ante este conjunto que no es más que una parte de lo que ha podido salvarse de una porfiada destrucción. Las colecciones vistas en Lima, el tesoro de los Quimbayas que Colombia regaló a España y que se encuentra en el Museo de América en Madrid, las joyas huancahuilcas vistas en Guayaquil, son como apéndices de este maravilloso conjunto. Y, sin embargo, la admiración que éstas últimas despertaron en nuestro ánimo queda intacta. Tras la visita a Bogotá, seguimos pensando que la orfebrería huancahuilca es la más fina y perfecta, la que mejor puede competir, entre las americanas, frente a las viejas orfebrerías del Próximo Oriente.

Venezuela produce la impresión de ser una de las tierras más prometedoras para el futuro arqueológico de Sudamérica. Extensas comarcas de la cuenca del Orinoco por explorar etnológica y arqueológicamente; toda la

fachada septentrional formando parte de la discutida cultura circuncaribe y siendo lugar de paso de las culturas centroamericanas a las amazónicas, gran riqueza en petroglifos y ahora, vestigios de industrias muy primitivas. En efecto, un arqueólogo de origen barcelonés, J. M. Cruxent, actualmente director del Museo de Historia Natural de Caracas, bella instalación en adecuado edificio, ha visto premiados sus esfuerzos y su clara vocación, con el hallazgo de una sensacional industria en El Jobo.

Conocía el material del Jobo por fotografías, que amablemente Cruxent me había enviado, y por algunas notas aparecidas, y era natural que sintiera impaciencia por tenerlo en la mano. Sobre todo deseaba compararlo con el que Menkhin me había mostrado unos años antes procedente de sus excavaciones de la Patagonia. Quedé sorprendido por el número extraordinario de piezas, ya que el Museo de Historia Natural de Caracas posee cantidades inmensas. Pero no menos por la presencia de numerosas piezas de técnica mustero-levallouisiense, tal como ocurre en la Argentina y que nos plantea un arduo problema. El de la posibilidad de una inmigración en tiempos anteriores al final de la cuarta glaciación, que son los generalmente aceptados como los de poblamiento de América. Claro que también es posible que, al igual que sabemos ocurre en Europa, las técnicas mustero-levallouisienses, hayan perdurado hasta tiempos muy avanzados del Paleolítico superior.

Consideré muy provechoso el contacto directo con un investigador tan activo como Cruxent, del que cabe esperar grandes novedades en el futuro, trabajando en una región tan rica y tan poco explorada arqueológicamente.

En otro campo se manifiesta la actividad de Cruxent y diversos colegas: en el estudio de los grabados rupestres que abundan en las zonas costeras. Ya hace muchos años que fueron puestos en parangón con los del otro lado del Atlántico y esta comparación es siempre tentadora, pero astuta caer en ella como en una trampa que se nos ofreciera y en la que otros, desde los tiempos de Requena, cayeron. Quien se lanzara a fondo a estudiar las insculturas de ambos lados del Atlántico y supiera evitar esa trampa, habría realizado una obra maestra.

\* \* \*

Puerto Rico nos sorprende con su feliz simbiosis entre lo español y lo americano y en pocos países de América un español se encuentra tan en su casa como aquí. Lo español es, en cierto modo, la razón última de su personalidad. No podía dejar de sernos muy grato el encontrar como decano de la Facultad de Filosofía y Letras a uno de nuestros primeros discípulos en la cátedra de Santiago, Dr. Sebastián González. Nuestros colegas de Harvard nos habían hablado mucho de Puerto Rico y del investigador que ellos habían formado y que hoy se encuentra al frente del Museo Arqueológico de la Universidad. Es éste don Ricardo Alegría, dinámico y joven investigador que ha sabido ordenar el pequeño museo que contiene los vestigios de las curiosas civilizaciones antillanas, llenas de misterios. La brevedad de nuestro viaje impidió visitar algunos de los yacimientos explorados recientemente.

## IMPRESIONES ARQUEOLOGICAS DE MIS ULTIMOS VIAJES

Queda por conocer el enigma de los primeros pobladores de estas islas y, sobre todo, si hay que buscar en América del Sur o en la del Norte el lugar de arranque de sus inmigraciones.

Más rápido aún fué nuestro paso por La Habana, cerrada la Universidad, y sin posibilidad de contacto con arqueólogos tan activos como Alvarez Conde. Tuvimos que contentarnos con una rápida visita al Museo de Arte, donde al lado de curiosas colecciones, incluso de arqueología clásica, se guardan ricos materiales indígenas. Por fortuna pude visitar al patriarca de la etnología cubana, don Fernando Ortiz. A pesar de su casi medio siglo de ausencia de su tierra natal, su charla en el habla menorquina de Ciudadela había de emocionarnos. No dudo que algún día será posible tenerlo de nuevo en su querida Menorca y rendirle el homenaje que su intensa labor de etnólogo merece.

\* \* \*

Quisiéramos ahora dar alguna impresión del ambiente recogido sobre alguno de los problemas fundamentales que preocupan a la americanística.

Una de las preocupaciones que en Estados Unidos notamos es la de la arqueología ártica. Siguen los escandinavos como Birket-Smith y Mathiasen y tantos otros destacados investigadores, ocupando un lugar preeminente, pero no hay duda que el centro de gravedad ha pasado a las comarcas árticas occidentales, las que están más próximas al supuesto puente de los primitivos inmigrantes americanos. Los sorprendentes progresos que gracias a las excavaciones de Federica de Laguna, de Rainey, Giddings, Mac Neish y tantos otros, se han conseguido, han permitido conocer raíces de varios miles de años en la cultura proto-esquimal, dejando del todo anticuada aquella visión que poseíamos hace unos años cuando sólo la cultura de Thule animaba nuestro conocimiento de la monótona cultura ártica.

Peró Alaska no es sino un pilar de un puente que tiene su otro apoyo en suelo asiático y hacia el N.E. de Asia, hacia Siberia, convergen las miradas de los arqueólogos norteamericanos, sobre todo en este momento en que la ciencia rusa parece abrirse, por fin, con un deseo de colaborar en la tarea común. Estuve presente en el primer acto de esta apertura de relaciones. Ocurrió en el Congreso de Ciencias Antropológicas de Filadelfia, en que hubo cuatro representantes de la ciencia rusa. Estuvimos en contacto sobre todo con el profesor Debetz, de Moscú, que tomó la palabra tras nuestra comunicación para señalar paralelos entre el solutrense español y el ruso. Pude conversar con él repetidas veces y llevó su amabilidad a dibujarme la estratigrafía de varias estaciones del Paleolítico superior de su país. La Delegación rusa repartió folletos con los resultados de los trabajos en los últimos años, con resumen en francés, muy útiles. Poco después del Congreso, el profesor Debetz volvió, con una beca, a Harvard, pasando unos seis meses estudiando los descubrimientos de la ciencia arqueológica y antropológica «occidental». En la primavera de 1958, María Wormington, cuya obra «Ancient man in North America» ya en su carta edición (1957), es el

mejor manual sobre esta materia, preparaba a su vez un viaje a Rusia y Siberia para estudiar los materiales descubiertos en los últimos tiempos y tratar de encontrar el enlace entre las industrias paleolíticas del Viejo y del Nuevo Mundo. Por fin pudo realizar este viaje, en las mejores condiciones, en septiembre-octubre de 1958, y hace pocas semanas hemos recibido la nota que la distinguida investigadora ha repartido entre sus colegas y amigos dando cuenta de su viaje, que se desarrolló bajo favorables auspicios. En otra ocasión daremos detalles de todo este aspecto de la investigación, tan importante.

Otro vasto campo de la problemática americanista es el referente al *Early Man* y a su primera fecha. Las viejas tendencias ultramoderadas de Hrdlicka o de Clark o de Bosch hace unos años, habían dejado paso a la cifra de 15.000 años, suficientes para la inmigración y desarrollo de los complejos con puntas de retoque bifacial. Hoy esta fecha ya no acaba de satisfacer del todo y nos damos cuenta del titubeo, de la duda que se ha apoderado incluso de los más conservadores. No es difícil escuchar afirmaciones, de personas que acaso no se atreverían a publicarlas con su nombre por escrito, en el sentido de que tal vez algún día descubramos auténtica industria musteriense y hombre de Neanderthal en América.

Varias han sido las causas que han contribuido a este difuso estado de opinión. Por una parte, hallazgos, mal datados aún, de industrias de aspecto arcaico: tales los hallazgos de Menghin en la Patagonia, de Cruxent en el Jobo y de tantos otros en el Oeste de los Estados Unidos. Por otra, la serie de fechas elevadas que el carbono 14 ha venido dando. Fechas de 20 a 30 mil años empiezan hoy a ser frecuentes y parece que debemos finalmente admitir que el hombre americano no es del final de la glaciación Wisconsin, sino de una fase inicial de la misma e incluso tal vez del último interglaciar.

Y no faltan criterios aun más radicales. El último libro de Carter, que lleva fecha de 1957, acababa de aparecer cuando llegamos a Estados Unidos en nuestro último viaje. Carter, en este libro, tras un paciente estudio, pretende demostrar la presencia de útiles humanos en la costa Sur de California durante el tercer interglaciar y aun tal vez antes. Pero la reacción que ha provocado su audaz hipótesis es muy fuerte y las recensiones que han aparecido no han hecho más que confirmar la impresión que obtuvimos de viva voz, de que los más conspicuos de entre los arqueólogos americanos no aceptaban el carácter humano de los supuestos útiles de la Texas Street, por ejemplo. Y fuertes dudas quedan todavía respecto de otros yacimientos de esta parte de América, así como respecto del utillaje en hueso de las cuevas de Shasta, en las que tanto insiste Menghin.

Lo más prudente creemos que es afirmar que 20 ó 30 mil años para las primeras inmigraciones americanas ya no asustan a nadie y que hay que dejar abierta la posibilidad de fechas mucho más remotas. En los nuevos medios de medición, como el uranio o el potasio-argon, está la clave de la investigación futura.

Por último, como ave fénix, reaparece periódicamente con renovada acritud el problema del aislamiento o difusión de la cultura americana. Se

## IMPRESIONES ARQUEOLOGICAS DE MIS ULTIMOS VIAJES

trata de dos hipótesis rivales, ninguna de las cuales puede vencer a su contraria hasta anularla totalmente. Esto solo, ya indica que en ninguna de ellas se encuentra toda la verdad.

En 1949, el Congreso de Nueva York pareció que había sido el fin del aislacionismo. Lo que el P. Schmidt, Rivet y tantos otros no habían conseguido, se lograba ahora gracias a la exhibición organizada por Eckholm en el Museo de Historia Natural de Nueva York. Después, autores como Covarrubias y Heine-Geldern, erigidos en campeones del difusionismo, lo estructuraban metódicamente y lo difundían a los cuatro vientos. Posteriormente venía Thor Heyerdahl, con sus asombrosas hazañas, a demostrarnos que el mar, por dilatado que fuera, no había podido constituir una barrera infranqueable y, por tanto, que la difusión podía haber tenido muchos caminos y haber seguido muchas direcciones insospechadas.

Cuando en nuestras conversaciones con arqueólogos y etnólogos americanos hemos querido confirmar esa impresión de triunfo del difusionismo que los libros nos habían procurado, nos encontramos con una reserva inesperada. En el mejor de los casos (conversación con Eckholm), la indicación de que nada nuevo se había producido sobre esta cuestión. Otras veces, obteníamos la impresión de que las posiciones aislacionistas se habían reforzado y en el fondo se mantenían tan vigorosas como hace treinta años. El gran obstáculo, la gran trampa en la que caen los difusionistas, reside en tener que explicar cuándo y cómo los pueblos o las influencias oceánicas llegaron a América. Entonces surgen las explicaciones grotescas, como las de Gladwin, o las hipótesis inversas de Heyerdahl. Y cuando el autor es más prudente y se contenta con sugerir una o varias oleadas transpacíficas, como ocurre en la reciente visión de Menghin, se echa de ver que éste es el punto frágil de todo el sistema y que el autor no nos puede ofrecer una hipótesis verosímil sobre esta candente cuestión.

Si hemos de atenernos a nuestras impresiones, nos atreveríamos a decir que la marea del aislacionismo vuelve a subir, un aislacionismo matizado si se quiere, pero tan opuesto al difusionismo optimista de hoy como un Hrdlicka podía estar frente al P. Schmidt en 1913.

Entrar más a fondo en esta interesante cuestión y en la que le está relacionada sobre el origen de la agricultura en América, así como en la polémica sobre cuál sea la mejor periodización de la arqueología americana, se sale ya de la extensión de este primer artículo, con el que hemos querido sumarnos al laudable esfuerzo de implantar en Barcelona los estudios de americanística y quedará para futuros ensayos.

LUIS PERICOT